



VOL: AÑO 9, NUMERO 26

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1994

TEMA: EL SIGLO XIX MEXICANO: Una visión de la historia desde la sociología

TITULO: **La función social de la historia: Entrevista al Dr. Marc Ferro [\*]**

AUTOR: *Nora Pérez-Rayón [\*\*]*

TRADUCTOR: Nora Pérez-Rayón

SECCION: Entrevistas

## TEXTO

Según su criterio ¿cuáles son las mayores dificultades que confronta hoy en día el proceso de construcción de historias nacionales ?

Una de las dificultades con las que nos encontramos ahora es la necesidad de establecer un nexo entre la conciencia de la historia y la ciencia histórica.

Dentro de cada sociedad la historia se apoya en una memoria colectiva, digamos un memorial que comprende un fondo común de enunciados que es difundido por la escuela, el cine, la televisión, etcétera, y que incluye antecedentes o vivencias particulares: recuerdos de nuestra familia, de nuestra ciudad, de nuestro pueblo, nuestra profesión, etc. Este conjunto constituye una especie de memoria nacional múltiple en el que sólo se genera un cierto consenso en lo que se refiere a sus relaciones con otros países: para Francia las relaciones con los alemanes o con los ingleses; para México, aquéllas con Estados Unidos o con España, etc. Hasta las naciones constituidas últimamente, como Palestina, Bangladesh, Taiwán o Tadjikistán, tienen un memorial que les da una identidad colectiva.

Ahora bien, esta memoria nacional interna está en sí misma plena de contradicciones: entre las regiones, entre los grupos sociales... Y varía en función de la composición étnica del país, de la variedad de sus cultos y creencias o de su enriquecimiento o empobrecimiento a través del tiempo. Dicha memoria permanece a pesar de su carácter contradictorio y difuso, y forma parte de una herencia memorial con sus héroes y antihéroes, ya sea que se trate de Robespierre y de Luis XVI, de Stolypin, Lenin o de Cortés y Zapata.

Esta herencia activa y anima las sociedades, incluso si no hay más que una relación lejana con el análisis crítico del pasado. Fernando Braudel decía que "no es con las historias que uno construye la historia", lo que significa que, en verdad, la confrontación de los recuerdos es más útil al conocimiento del pasado que el monopolio de una sola entre ellas, como en la URSS en los tiempos en que la historia era controlada y puesta al servicio del Partido Comunista. Pero para construir una ciencia histórica recurrir a las memorias es insuficiente, a menos que se confronten adecuadamente unas con otras.

Las implicaciones de un análisis científico del desarrollo no son aparentes, ni fácilmente accesibles a la conciencia de las sociedades. Las variaciones en los campos demográficos, por ejemplo, son comprensibles en el corto plazo, aunque son poco claros los fenómenos provocados por la unificación microbiana del mundo. Los efectos del éxodo

rural aquí, de la especialización de las culturas allá, de la concentración de las empresas, y tantos otros motivos y cuestiones que afectan la vida de los individuos que no tienen un nivel de educación que les permita la comprensión de estos fenómenos.

El interés histórico de ciertas ideologías -el marxismo, el feminismo, la ecología-, es el de contribuir a establecer un lazo entre una visión memorial y un enfoque sistemático de la historia. Frente al Islam o el cristianismo, estas ideologías se valoran y se dicen científicas. De todos modos, encarnándose en las instituciones, los portavoces de estas ideologías anteponen la promoción de sus causas -o sus *couvants*, como decía Voltaire- a los imperativos de la investigación.

Las consecuencias de todos estos fenómenos son visibles: o bien un mundialismo de los problemas nacionales, o bien el nacionalismo de los problemas mundiales. La dificultad de construir una historia nacional de las historias nacionales, se encuentra entre esos dos parámetros.

¿De qué manera cree usted que un mejor conocimiento del siglo XIX en el mundo occidental nos puede ayudar a comprender mejor nuestro siglo XX? ¿Y en que áreas en particular?

Sin duda la historia no se repite, contrariamente a lo que comúnmente se dice; no obstante, la supervivencia de situaciones pasadas crea la ilusión de esta repetición. Repetición que corrige de hecho esas rupturas que provocan simultáneamente los cambios. En otras palabras, existen situaciones excepcionales ligadas a acontecimientos -irrupción de un conquistador, derrocamientos y masacres, epidemias- que suscitan actitudes que encontramos a lo largo de toda la historia con sus variables y sus variantes. La historia y la sociología han estudiado esos diferentes tipos de guerras, de revoluciones, de reacciones; la primera privilegiando las evoluciones, los orígenes y consecuencias de los fenómenos; la segunda, descubriendo los sistemas que las norman y analizándolas. Sin embargo de más en más la sociología se remonta hacia el pasado, mientras que la historia se relaciona cada vez más con el presente; hay cruzamiento y acercamiento.

Los estudios comparativos tienen un sentido distinto de un siglo al otro. Por ejemplo, la idea de que los pueblos liberados "se hacían antes de la independencia" ha estado en el origen de una desilusión que reencontramos, de tiempo en tiempo, en el Africa Negra hoy en día y en América Latina en el siglo XIX -bien que esta libertad haya sido el producto ahí de los colonos, allá de los colonizados- ya que, en los dos casos, la violencia de los soldados y oficiales, héroes de la victoria, y su apetito de poder desembocaron en una militarización de la política y la consecuente democratización relativa no resultó más que en la substitución de una serie de desigualdades por otra. Ello ha desacreditado hasta los himnos de ese cambio tan esperado: la independencia.

Una de las razones de esa similitud es que los movimientos de independencia, tanto del siglo XIX como del XX, han sido superados a la vez por la supervivencia obscurecida de lazos coloniales, y magnificados por un movimiento más amplio que no cesa de reforzarse y que ha conducido a una colonización clasista.

En el siglo XIX, ese gran movimiento que fue la revolución industrial, cuya fuerza motriz fue la Gran Bretaña, dio pie a la configuración de una suerte de nuevo pacto colonial en el cual se asociaban los intereses de los industriales ingleses con los de las clases dirigentes latinoamericanas, los primeros controlando una parte de la economía del país de los segundos. La crisis venezolana de 1902 marca el traspaso en el continente americano de la hegemonía europea a la de los Estados Unidos. La cruzada armada contra los deudores no ha cesado hasta hoy. Ahora bien, desde 1965, Nkruma hizo notar,

para el caso de Ghana, que su país era independiente en derecho, pero dirigido desde el exterior de hecho. Actualmente, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, etc. constituyen esas fuerzas que dirigen las sociedades desde el exterior. Más que neocolonialismo o neoimperialismo, hay que ver la acción de las multinacionales, sería más válido hablar de un imperialismo multinacional por lo que hay de interrelación entre el interés de ciertos Estados, el de los grandes trusts, y el de las instituciones llamadas supranacionales y frecuentemente controladas en buena medida por los norteamericanos.

Mientras que en el siglo XVI existían numerosas economías-mundo: la china, la occidental, etcétera, la unificación económica del planeta se ha efectuado irreversiblemente y se ha acelerado al punto que hoy no existe en ninguna parte una zona endógena fuera del sistema.

El siglo XIX vio acortarse las distancias y reforzarse las relaciones entre las diferentes partes de mundo. Los efectos de esta unificación eran imprevisibles.

Así, en Europa a las autoridades tradicionales en aquellos tiempos bien identificados -el monarca, el sacerdote, la ley, el patrón, la familia, el funcionario- se agregaron otras nuevas; éstas son anónimas e incontrolables: los precios que aumentan y en su caída arruinan la agricultura tradicional, mientras que cambia la moda y los progresos constantes de la técnica hacen desaparecer oficios tan viejos como el mundo.

¡Y todo ello en el nombre del progreso, de la ciencia, de la libertad!

Ahora bien, actualmente esos fenómenos han alcanzado hasta los lugares más remotos del planeta: que el dueño aparente haya sido el colonizador o Wall Street, o Bruselas o el curso del oro, ello no cambia nada. Y los efectos son comparables en el siglo XIX o a fines del siglo XX.

En el siglo XIX la masa de ciudadanos ignoraba los mecanismos que dirigían a la economía; lo que ha perdurado hasta nuestros días, pero tenemos conciencia de ello. En ese mundo incomprensible cada uno busca escapar a la maldición que le aqueja. A fines del siglo XIX, el regreso a la religión, al alcoholismo, la lectura de diversos acontecimientos en la gran prensa dejan ver un primer signo de la pérdida de señales; no obstante, un número todavía mayor de individuos reaccionó de otro modo, con formas de revuelta individual o colectiva, que provocaban simultáneamente movimientos de emigración e impulsos revolucionarios. El comunismo y el fascismo han sido dos respuestas a las crisis de los siglos XIX y XX.

¿Pero qué es lo que vemos hoy? un renacimiento del misticismo, una atracción hacia lo irracional de la que son testigos en Occidente el éxito de toda fe venida del exterior y la recurrencia a la droga que asegura el relevo entre los más jóvenes del alcohol de nuestros antepasados. En cuanto a los movimientos colectivos, ellos surgen también por los incrementos de la inmigración aquí- por el renacimiento de un Islam integrista allá; por las convulsiones en el campo y en la ciudad, en la América Latina indígena notoriamente.

Un segundo fenómeno que concierne no solamente a los individuos sino a comunidades enteras, es sin duda que bajo el efecto de las amenazas que enfrentaban las colectividades en el siglo pasado, éstas se vieron atraídas por destellos nacionalistas que se expresaron en el renacimiento de los regionalismos, como sucedió en Provençe, en Ucrania, en Italia meridional, etc. En la actualidad, después de largo tiempo de estar sepultado, el fenómeno reaparece y se extiende no solamente en el país vasco español, en Córcega o en Valonia, sino también en Kabilia, en Kurdistán, sin hablar de mil y una comunidades de la India que se enfrentan contra un régimen que juzgan como opresor.

Y se añade a esta tendencia otro fenómeno. La homogeneización institucional y burocrática de las sociedades se ha manifestado con el desarrollo del Estado, y que se puede fechar del siglo XVI a la Revolución Americana o Francesa; y se ha reforzado en la era tecnocrática. Ese fenómeno se ha traducido en la multiplicación de grupos sociales que han expandido el poder central, ya sea que se trate, sucesivamente, de militares, clérigos, funcionarios, de cuadros ciertamente universitarios y de otros expertos. Su proporción ha agrandado la distancia entre el centro y la periferia; la distancia social, se entiende. Esto último ha desembocado en un rechazo externo de todos aquellos que no están integrados en el sistema; ya se trate de minorías excluidas, de víctimas colectivas tanto de países atrasados, como de regiones enteras o naciones proletarias; una tendencia que afecta incluso a los países desarrollados a raíz de que la burocracia se ha convertido en un ente supranacional. En el siglo XIX el campesino francés reencontraba, por encima de las hombros de su oficial, la figura de su antiguo maestro. Hoy el poder no es más del subprefecto o del diputado, sino que pertenece a la comisión de Bruselas o al Fondo Monetario Internacional.

El ciudadano que ha perdido sus señales, ha perdido también sus recursos.

Dicho fenómeno afecta profundamente a los nuevos Estados nacidos o reaparecidos después del fin de la era colonial, habiéndose acentuado el despojo en todos los terrenos desde que con la comunicación vía satélite se asiste a una unificación y uniformación de la información.

¿Cómo está relacionada actualmente la construcción de la historia con las funciones tradicionales de esta disciplina, con las exigencias sociales y con los requerimientos de la unidad nacional?

La función social de la historia es múltiple. De un lado, como disciplina responde a una exigencia de inteligibilidad en cuanto al futuro de las sociedades. A través del tiempo, se puede considerar que ciertos análisis responden a ese proyecto. Unos, tratando de dar un significado y un sentido (dirección) a la historia, tales como los de Ibn Khaldoun, Bossuet, Marx, Spengler o Toynbee; otros, esforzándose por comprender los mecanismos de la vida de las sociedades, tales como los de Tucídides, Montesquieu, Weber, Marc Bloch, Braudel, etcétera. Pero por otra parte, esta función ha sido desempeñada por las instituciones -la Iglesia, el Estado, los partidos políticos, etc.- que han instrumentalizado la historia para su beneficio en el nombre de los valores que ellos pretenden encarnar -la patria, la clase obrera, etc.-, y a través de la educación y la instrucción que desean difundir. Ese pasado ha sido así, utilizado, puesto después bajo vigilancia y controlado. Se han controlado también los contenidos y las formas y métodos del conocimiento. Es así que en Francia Ernest Lavisse, Ranke en Alemania, Kljuchevski en Rusia, y otros han creado una historia al servicio del Estado-nación, mientras que F. Mehring en Alemania, y después N. Pokrovski en la URSS, institucionalizaron una historia al servicio de la clase obrera y del Estado-partido.

Salvo los países donde la historia no tiene más que una sola voz (la URSS, el Irán de Khomeini, Japón antes de 1945 etc.), existen sociedades donde cohabitan muchas historias paralelas: la laica y la cristiana en la Francia de antes de 1968, la indigenista y la hispanista en el México de los siglos XIX y XX, etc. Ello multiplica la construcción de la historia por instituciones o instancias diversas, pero perpetúa también una historiografía de servicio, con documentos e información debidamente seleccionados para cada versión. Frecuentemente, el cine y la televisión retoman esos estereotipos, a los cuales agregan el punto de vista personal del autor.

Esta historiografía ha impregnado de tal manera la conciencia de las sociedades que ella misma ha forjado o reforzado la identidad de las naciones y de los grupos sociales que la constituyen; al lado de la historia de mi país, que es viva y contradictoria, existe, igualmente, una historia de la Iglesia, de la clase obrera, de las mujeres, etc. Y son esas historias las que dan a las sociedades su identidad y perpetúan su existencia.

Pasemos ahora a otra función social de la historia: un grupo que no reclama su pasado pierde su memoria, y a continuación su existencia. Así, desde tiempo atrás han desaparecido de la historia los armenios y los Judíos, cuyo renacimiento está ligado a la reaparición de historiadores, esos sacerdotes de la nación o del grupo que habían desaparecido con ellos desde el siglo XVI. Hoy los sahraouis y los chicanos, los kurdos, los bereberes, etc., reconstruyen sus historias para poder existir.

Es claro por tanto que dejada a sí misma, esa clase de historia, biológicamente necesaria para los pueblos y grupos sociales, puede convertirse en un simple ritual; en una conmemoración selectiva y sin gran relación con la libertad de expresión.

La función social de la historia es pues, perpetuar a la vez ese memorial y hacer de él una crítica analítica para que las diferentes comunidades se conformen, no sólo de creyentes, sino de ciudadanos críticos, y que este análisis de su pasado les sirva para comprender las prácticas de sus dirigentes, quienes se apoyan también sobre la historia para dominar mejor a la sociedad.

Transformar la historia en un instrumento crítico convierte a los ciudadanos en entes activos y contribuye al progreso de la democracia.

CITAS:

[\*] Investigador del Centre de Recherches Historiques, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París.

[\*\*] Profesora-Investigadora del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, quien realizó la entrevista y la tradujo al castellano.